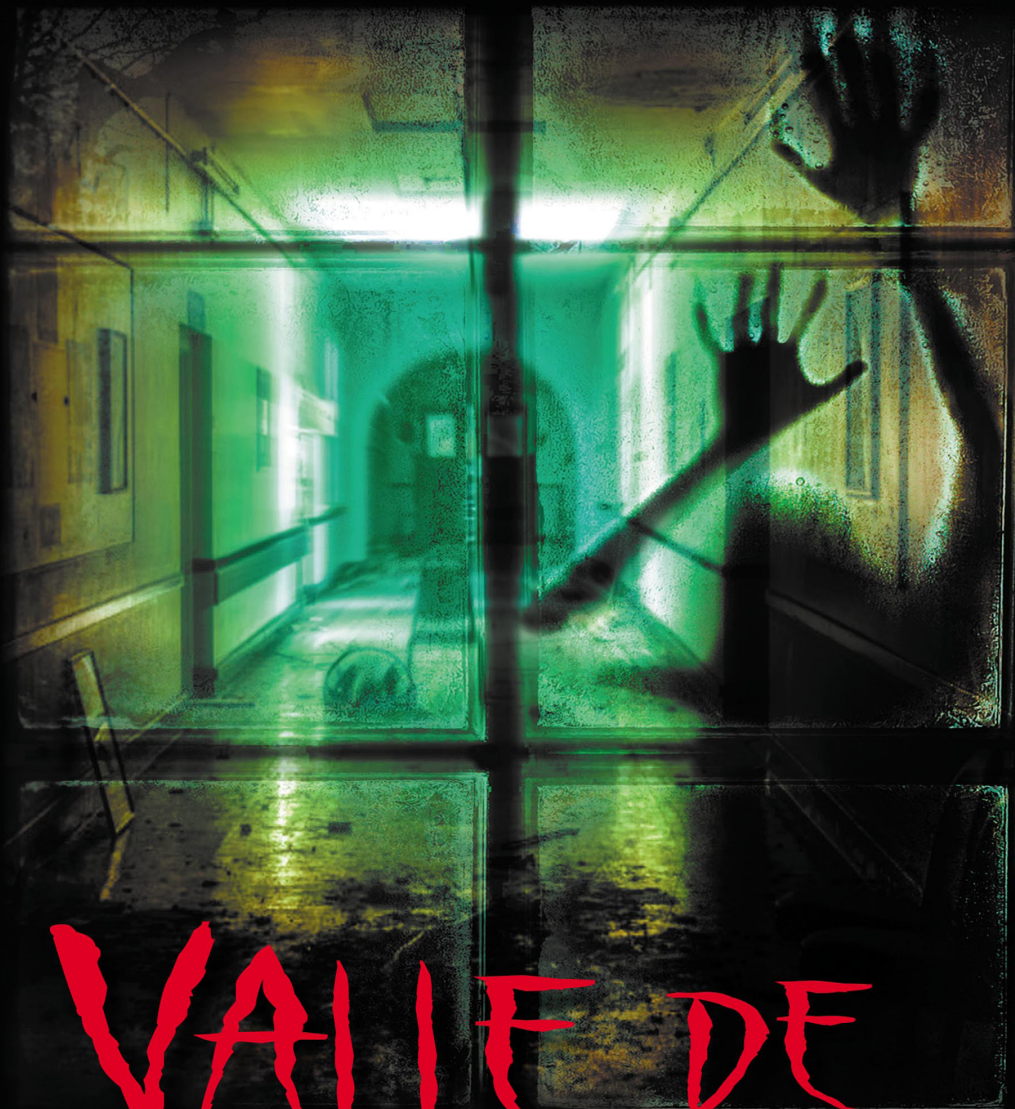




VALLE DE LA CALMA

ÁNGEL DAVID
REVILLA

Dross



VALLE DE LA CALMA

ÁNGEL DAVID REVILLA
BY DROSS



INTRODUCCIÓN

El hospital San Niño fue construido el 16 de julio del año 1860. Aunque fue muy disputado, ninguno de los doce arquitectos que trabajaron en el proyecto (que tardó casi una década en completarse) se pudo adjudicar la autoría definitiva de la obra. El interés de estos hombres por ser reconocidos estaba justificado; el San Niño, con una capacidad para atender a dos mil pacientes, sería el hospital más grande jamás construido en todo el sur del continente.

Fue el último de los arquitectos quien sin embargo tuvo el honor de recibir el mérito y también el de colocar el nombre que llevaron las instalaciones hasta el último día de su existencia.

Su construcción costó una fortuna a la Confederación liderada por Justo José de Urquiza quien, tras el sangriento combate de Cepeda y con miras al desenlace de la guerra civil que eclipsaría la batalla de Pavón, consideró pertinente la edificación de un lugar estratégico al sur para atender y retirar a los soldados heridos, que se contaban por miles.

Para 1900, cuando ya la Argentina era una república, el San Niño corrió peligro de ser clausurado debido a los altos costos de su mantenimiento; ante el equipamiento y personal que exigiría cualquier otro hospital en grandes ciudades como Buenos Aires, el San Niño los duplicaba y a veces triplicaba. Era, en palabras de un ministro retirado del gobierno de Pellegrini, «un engendro».

Para los años que corrían, los titanes que no pertenecían a la clásica Europa estaban ávidos por mostrar al mundo su formidable poderío, preludio de un nuevo orden mundial que no tardaría muchos años en ins-

taurarse, y para ello se valían de un presumido desfile monetario llevado a la palestra con tanto ahínco como si del tamaño de cierta cosa íntima se tratara: no querían cerrar el San Niño, pues se trataba de un baluarte que representaba, con su enormidad, el tamaño del octavo país más grande del mundo.

Pero no por ello iban a dejar de hacerlo de manera inteligente, una inteligencia que envidiarían muchos políticos de la Argentina moderna: no convertirían al San Niño en una ladilla gigante (qué peor pesadilla). Así que, al cabo de poco tiempo, se les ocurrió una mejor idea: gracias a su ubicación tan retirada —citando textualmente— «en el medio de la nada», el lugar sería un excelente centro de retiro (o pozo con candado) para familias de toda índole que pudieran costearlo.

Así, el San Niño encontró un nuevo y oscuro propósito.

Estar alejado del mundo y, más importante aun (sobre todo en años consecuentes, cuando Hearst y Pulitzer se debatían el dudoso honor de haber convertido al periodismo en un arma de destrucción masiva), de los escándalos.

La idea funcionó tan bien que unos pocos acaudalados no solo sacaron al San Niño de los números rojos sino que además decidieron que había que expandir la idea con un proyecto más interesante aun: crear un centro psiquiátrico adonde pudieran retirarse las ovejas negras, uno que otro refugiado nazi y en especial los grandes burgueses. Todos sin riesgo de exponerse.

El psiquiátrico, que fue construido en paralelo al hospital, tomó apenas tres años en completarse. La idea, en esta ocasión, era simple: un edificio idéntico al primero.

Se suponía que los costos del psiquiátrico serían mucho más bajos porque al principio no era más que una extensión vacía del primer edificio. Sin embargo, eso cambiaría con el tiempo, cuando la primera estrella de cine escondiera a su hijo con síndrome de Down, o la primera cantante italiana a su hijo adolescente drogadicto para protegerlo de los largos brazos de la prensa europea durante los años sesenta. Ellos fueron los pioneros en admitir toda clase de pacientes siempre y cuando, desde luego, fueran lo suficientemente ricos para costearlo.

De ese modo, poco a poco, el psiquiátrico se volvió más próspero que el hospital, y se transformó en una pequeña comunidad cerrada que lo tenía todo.

El doctor en jefe, quien tenía a su cargo las dos enormes instalaciones bautizadas bajo el mismo nombre, era para el centro lo que para un portaaviones su almirante. Su labor médica era nimia frente al desempeño político y administrativo que el San Niño exigía.

Este puesto recayó sobre los hombros de veintisiete personas; veintiséis de ellos mantuvieron a flote el largo proyecto. Sin embargo, fue el vigésimo séptimo encargado quien, a partir de la segunda mitad del siglo xx, aumentó de forma exorbitante sus ganancias personales y las del San Niño, hasta cierta temporada en la que, tras salir a la luz una serie de hechos abominables, las instalaciones se clausuraron para siempre.

PRIMERA PARTE

I

1

Abraham se despertó por la noche sintiendo un intenso dolor. Sus testículos estaban perlados de una extraña humedad; las sábanas, empapadas.

Se sacudió dando manotazos y arrancó todo lo que tenía encima; se cayó por el costado de la cama y se arrastró hasta el baño. En la oscuridad, palpó la pared durante tanto tiempo que el horror se hizo cada vez más grande en la corteza acalambrada de su cerebro, su mente era una licuadora de cosas malas.

La luz de la bombita parpadeó. El dolor lo obligó a arquear su cuerpo.

Deslizó una mano dentro de su pijama y sintió algo caliente y suave en la piel ahí, de donde el dolor venía.

Se llevó los dedos ante la cara y vio que estaban mojados de sangre.

Gimió y, con la mente desorbitada, colocó las manos alrededor de la cintura, bajándose lentamente el pijama, para ver qué cosa había ahí, donde nadie tenía derecho...

2

Yo, Abraham, tomando nota de cuanta boludez acontezca en un intento vano por ser escritor:

Me desperté esta mañana con un dolor de cabeza tal, que pensé que el cráneo se me iba a partir en pedazos. En pedacitos.

Ha estado molestándome desde el primer día que llegué como enfermero suplente, pero hoy (cuarto día) se ha vuelto poco menos que insoportable.

Cualquiera diría que una de las ventajas de trabajar en un hospital es que se tienen al alcance todos los medicamentos habidos, entre ellos los

que me servirían para aliviar mi cefalea, sin embargo, nada es tan fácil como parece: soy un enfermero suplente y creo que el puesto más bajo después del mío vendría a ser el del tipo que limpia la mierda.

Si a eso le sumamos que soy nuevo, y que es mi primer empleo desde que puedo recordar (literalmente), entonces todo se resume a que no quiero ser percibido como una molestia.

O más bien «no quise»... Cuando despegué la cabeza de mi almohada, imaginé mi cráneo con varias grietas, abriéndose con el sonido torpe que hace una muela al despegarse de la encía cuando un dentista la saca con un alicate... Y esa fue la gota que rebasó el vaso. Apelaré a la compasión del médico de guardia.

Mientras me coloco mi bata de enfermero frente al espejo del baño, reflexiono que el clima aquí, en el orto de la nada misma, es muy diferente al que me tenía acostumbrado Bahía Blanca. De hecho: todo es diferente. No puedo asomarme por la ventana sin sentirme atrapado en una inmensa cúpula de neblina que abarca el esponjoso campo arbolado.

La temperatura es gélida, la humedad bastante alta, pero la atmósfera y el estado de ánimo apacibles.

Como sea, es lógico que no se pueda esperar otra cosa de un hospital convencional, y sin embargo, el San Niño no lo es.

En fin, como siempre he querido ser escritor, voy a intentar poner a prueba mis habilidades haciendo el ejercicio de describir cómo es este lugar (quién sabe si en un futuro me inspira a escribir ese proyecto que no sé qué cuerno es, pero que tanto anhelo).

«Al lado del edificio principal, conectados por un puente en el último piso y una plaza bajo el primero, se halla la segunda edificación, que es igual de larga, con el mismo aspecto colonial, su tejado verde, su sinfín de ventanas adornando la fachada y sus chimeneas. Una construcción idéntica, sí, pero edificada con otro propósito: es un manicomio.

Claro que por acá prefieren llamarlo “casa de reposo” o “retiro”, pero evidentemente no son más que efímeras sutilezas en pos de resguardar un pudor obtuso, porque a los locos (supongo) las palabras o los tecnicismos les recontra chupan un huevo.

La primera noche esperé escuchar un concierto de gritos, aullidos y reclamos... Todo lo que cabe esperar de un manicomio, pero confieso que solo estaba influenciado mentalmente por un mediocre catálogo de películas de horror y cultura pop: el lugar es muy tranquilo, bastante más

que aquí en el hospital (que ya es decir). Visto desde el jardín de afuera, pareciera que las habitaciones tras las ventanas del manicomio estuvieran, incluso, vacías.

Revisando mi rostro frente al espejo, leo la vieja calcomanía envejecida y rota que dice “CUERPO SANO, VIDA FELIZ”, vaya ironía pegar esa cosa en un lugar donde ni siquiera sirven desayuno para nosotros.

Pero una vez más me encuentro siendo un forro... porque al fin y al cabo este es el mejor empleo que un chico como yo, en mis condiciones, podría llegar a tener».

3

Abraham Salgado cerró su diario personal, marcando la última página escrita con una pluma de gaviota, regalo de una ex (que tenía muy en cuenta su sueño de convertirse en escritor), y se sentó al borde de la cama, dándose un tiempo para meditar, acariciando, con su dedo, los pliegues en el cuero de la tapa.

Visto con sus anteojos, su cabello negro un poco más largo de lo normal, que se derramaba en varias puntas a los lados de su cabeza, Abraham era alguien bien parecido.

Su padre, quien por desgracia había caído y más nunca había podido volver a levantarse ni económica ni moralmente, le había obsequiado una infancia muy cómoda, pero una madurez difícil, lo que, al final, resultó más duro.

Para cuando su progenitor estaba tan acabado en la vida que siquiera podía mostrarle una erección a su esposa, día en que convirtió su auto en un taxi, los hermanos mayores sabían que tenía que agarrar cada uno por su lado y salir del nido... no hizo falta que mamá lo aclarase, los cachorros tenían el tacto de un artista.

Así, pues, se acabaron las fiestas, las mujeres, la buena ropa, toda clase de comodidad y, lo que era peor, una carrera en una universidad privada cortada por la mitad.

Abraham ya había tenido varios empleos, y a pesar de que le dolía en el corazón, trabajó con el temple de alguien que, más que a sí mismo, les demuestra a los demás que no tiene nada de malo dedicarse a algo siempre que sea digno, por lo que barrió, lavó y levantó mierda de perro.

¿A quién le importaba lo que él estuviera haciendo? A nadie, y si salía el primer «huevón» a decir lo contrario, le iba a partir la cara.

Había pasado por lugares malos en ciudades grandes, bares, pubs, locales inimaginables en calles negras y charcos profundos en los que nunca pensó que iría a poner pie (la falta de dinero patrocina bien ese tipo de aventuras), así que su última escala es un pueblito que se llama Valle de la Calma, más precisamente el hospital San Niño, donde solicitaban personal para «empleo duradero y con posibilidades de ascenso en poco tiempo». Aquel parecía ser un lugar bastante mejor que los anteriores...

Se puso de pie y dio media vuelta, resuelto a tender la cama. Dejó las almohadas perezosamente sobre la silla, empezó a alisar las sábanas con las yemas de los dedos... Y entonces se detuvo. En seco.

Era algo extraño; unas gotas de sangre formaban círculos pequeños en el medio de la tela.

Su mente fue, poco a poco, recobrando lucidez. Los recuerdos llegaron a su cabeza como un veneno.

Algo había pasado anoche...

Caminó hasta el baño y levantó el bote de basura: adentro estaban amontonados los pedacitos de papel higiénico manchados de rojo. Había por lo menos seis o siete trozos.

«¿Mis huevos?».

Sonaba tan ridículo como gracioso.

«No hay nada malo con mis huevos».

Esa mañana se sentía bien, se sentía él... pero algo le decía que se revisara ahí, abajo, donde muchas amantes tuvieron derecho... cuidadosamente.

Exhaló aire, ofuscado, y se desabotonó la bata, dejando al descubierto la hebilla del cinturón. Levantó el extremo de la correa y retiró la perilla del ojal.

A continuación, se desabotonó los pantalones... el sonido del cierre le pareció más largo que nunca en la vida.

Su ropa interior no tenía ninguna mancha. Debía recordar el momento en que se la había colocado, en la mañana, pero para entonces, su mente estaba lejos de asociar nada con respecto al episodio de la noche anterior.

La punzada en su mente fue más incómoda todavía, era como sentir que alguien —aparte de él— estaba en la habitación. Es esa presencia

calambrosa que a veces se hace tan intensa, que obliga a levantar los ojos o girar la cabeza... la sensación de que no estamos solos. Por lo que, convencién dose a sí mismo de que aquello no era más que una imbecilidad (pues la enclenque magia de la negación es lo único con lo que podemos amenazar al destino y convencernos de que no nos puede hacer algo malo, inesperado o tirado por los pelos), se bajó el calzoncillo, para revisarse.

Pero alguien golpeó la puerta de su cuarto, y lo hizo tan fuerte, que Abraham dio un respingo y por poco no pegó la cabeza contra el espejo que tenía enfrente.

No iba a posponer algo tan importante como sus testículos solo porque alguien llamaba a la puerta, sería casi como el cliché tonto de una película de terror, por lo que, mientras iba en camino, palpó al menos sus partes nobles en busca de una herida, una roncha, cualquier cosa.

Aparte del tacto suave y delicado, no sintió nada desagradable, salvo sus dedos fríos.

Se abrochó el botón y abrió la puerta.

—Decime qué le dice un niño muerto a otro.

—Buenos días.

—Decime qué le dice un niño muerto a otro.

Abraham dio media vuelta para buscar la llave de la pieza, que reposaba sobre la mesita de luz. El hombre robusto, moreno y bajito, de facciones itálicas y ojos verdes y enormes, como los de un sapo, lo miraba con una sonrisa obscena. Su bata de enfermero le confería a su voluminoso estómago el aspecto de una pelota.

—Me asustaste.

—Bien, pero decime qué le dice un niño muerto a otro.

—¿Qué?

—¿Me das gusanitos?

Contrajo el rostro y se empezó a reír como lo hacía el perro Patán.

Abraham sonrió, más por cortesía que cualquier otra cosa.

—Qué pelotudo que sos.

—Pelotudo pero puntual: vos deberías hacer lo mismo, y me refiero a lo puntual, porque tu ronda empieza en cinco minutos.

Gianluca Siffredo era el primer (y ciertamente único) amigo que Abraham tenía en el hospital. Al principio, se sorprendió de lo simpático, abierto y bromista que era, de lo fácil que podía sacarle conversación. Sin embargo, en los días posteriores, descubrió que por desgracia con-

sideraba ciertos comentarios antipáticos como bromas de buen gusto, y disfrutaba hacérselos especialmente en frente de otras personas. Esto había hecho que, justo antes de abrirse con sinceridad ante él, Abraham retrocediera unos pasos y se quedara a la mitad del camino entre los comentarios informales y una amistad a medias.

Gianluca Siffredo llevaba ejerciendo tres años en el San Niño, así se lo había comentado durante una cena en el comedor, una noche que hacía un frío de los mil carajos.

Al ser él su suplente, tenía que verlo como una especie de jefe. No se podía llamar de otra manera a una persona que siempre te daba algo que hacer.

—Hoy te toca barrer: del primero hasta el último, o del último hasta el primero... como vos quieras. Por cómo van las cosas hoy (aburrido, como siempre) creo que esa será toda tu jornada.

Dicho esto, hizo sonar el manojito de llaves que tenía en la mano y abrió la puerta de un pequeño compartimento oscuro en el que se hallaban un balde y una fregona hundidos en agua oscura. El olor a lavandina era suficiente para sentir, por asociación, sus manos reseca.

Abraham se acomodó los anteojos, el blanqueo mental que él mismo se imponía (ya con bastante práctica) lo prevenía de dejar pasar los pensamientos de tristeza que pudieran saltar entre sus cansados brazos y esos utensilios. A veces se preguntaba por qué el personal de la limpieza no se encargaba de ese trabajo, pero no iba a preguntárselo a Gianluca.

Cuando se inclinó para tomar el balde, el tipo, haciendo uso de su extraordinaria capacidad para humillar (porque ese talento, por desgracia, existe) le sonó el trasero con una nalgada a palma abierta.

—Más te vale que dejes ese piso bien limpio, muñeco.

Abraham se incorporó de inmediato observándolo con los labios apretados, mientras que el otro sacudía la espalda con una carcajada flemática que venía de dentro de su pecho.

Balde en mano, decidió salir de ahí antes de que un ciego relámpago de ira estallara.

Mientras salía por la puerta doble, oyó a sus espaldas:

—¿Cuál es la diferencia entre un microondas y el sexo anal?

Sin tener la cortesía de contestarle, pateó la puerta y se alejó.

—¡Que el microondas te deja la carne roja o negra, pero jamás marrón!

Decidió empezar por el último piso.

La forma como pasaba la fregona contra el suelo era reflejo de cómo se sentía por dentro. No había imaginado que golpeaba tantas veces a una persona desde que su hermano se la jugó una vez, cuando llegó a la casa con el auto de papá chocado, después de que Abraham se lo hubiera confiado a él.

Suspiró, viendo el inmenso pasillo que se abría ante él, provisto de puertas a la derecha y a la izquierda.

Volvió a remojar la fregona. Debía aprovechar que hoy podía salir más temprano, pues quería preguntar sobre la posible existencia de algún locutorio en el pueblo; tal vez una vieja computadora con pantalla de tubo lo consolara. Aquella era su única, potencial puerta al mundo. Echarle vistazos ocasionales a su teléfono y no ver el ícono de la señal de Wifi activo le había roto el corazón demasiadas veces.

No quería rumiar acerca de que su vida debía cargar con varios sacos rellenos de mierda sobre el lomo como para considerar una suerte trabajar de interno en un hospital que no tenía Internet. Meterse a la grilla de redes y ver que no existía ninguna señal en todo el San Niño era deprimente y obtuso en medidas iguales.

No podía quejarse, pues volver a casa de su padre no era una opción ni siquiera remotamente cercana. El viejo ya había hecho lo suficiente consiguiéndole un empleo en ese lugar, y ya había hecho lo suficiente, encima, pagando un boleto de ómnibus para enviarlo hasta allá. Podía trabajar en casa con él, sí, tal vez podría hacerse cargo de unos asuntos aquí y allá, pero él necesitaba dinero, y no tenía el estómago de recibir sueldos de parte de su padre, así como tampoco podía perder la oportunidad de probarle a él —y sobre todo, a sí mismo, porque estar tan lejos de casa era todavía una novedad, después de todo— que podía arreglárselas.

Cuando era más joven se preguntaba (como esos temas recurrentes que les vienen a los chicos a la cabeza de pronto, sin previo aviso) qué edad se necesitaba tener para saber cómo era la vida. Por supuesto, tal pregunta era demasiado ambigua y la humanidad demasiado diversa, por lo que no fue sino hasta llegar a la madurez que se regaló a sí mismo una respuesta: podía haber sujetos de cuarenta años que no tenían la más mí-

nima idea de qué tan dura era la vida, así como había chicos de dieciséis que lo sabían bastante bien.

«¿Y yo lo sé, después de todo lo que me ha pasado?».

...

«No tengo la menor idea».

Pero en el fondo quería saberlo, y quería saberlo porque no deseaba ser susceptible a las malas noticias. Abraham consideraba que, a sus veinticuatro años, ya había tenido suficiente de ellas.

¿Que había gente que la había pasado bastante peor que él? Claro, eso era innegable, pero eso no justificaba que a él, el cosmos lo tratara como a un *punching ball*.

La larga cadena de ideas le hizo pensar finalmente en su última relación sexual. Tal vez sí era verdad aquello de que los hombres piensan en eso cada once segundos. Además, había estado tan solo últimamente, ahí, en el sur profundo del país, en el «orto del mundo», que los pensamientos eróticos habían aumentado bastante.

Y en esta ocasión recordaba a una chica europea que se hallaba en un largo viaje, haciendo escala en Bahía Blanca para luego ir a conocer la Patagonia. Alguien un poco más joven que él, de tez blanca, abdomen plano, cabello negro y piernas sensuales. El mejor sexo casual que había tenido en su vida, sin dudas, porque además de la disposición de ella por ir directo al grano, congeniaban perfectamente: cada comentario había sido atinado, y cada risa compartida. Le había hecho reflexionar, por un instante, lo cruel que puede ser la vida por colocarnos a las personas más interesantes tan lejos.

La había llevado a su cama, y ahí la desvistió. Sus senos eran pequeños y firmes, podía sentir el contacto de sus pezones duros en las palmas. Ella lo desnudó sin ningún miedo, lo condujo a la cama y poco después su miembro se deslizaba dentro de ella.

Y así, los recuerdos le impidieron darse cuenta de que una puerta tras él se abría lentamente, y que de lo oscuro emergía algo pequeño, que empezó a acercársele lentamente...

Se giró bruscamente cuando le pusieron una mano sobre la espalda. Comprobó que era un niño.

Lo que lo sorprendió no fue su cara blanda y lechosa, sus ojeras húmedas, ni su pelo grasiento, sino que tenía los dedos aplastados.

Una mueca de miedo surcó su rostro.

El niño veía con interés su bata, con el índice (el cual parecía la extremidad de un tentáculo) acariciaba uno de los botones, como si fuese un borracho sacudiéndose el pene con una pared.

Su cara tenía dejos de retraso mental. Abraham cayó en cuenta de que era solo un niño, sí, pero tenía todos los accesorios necesarios para atemorizar.

Al verlo directo a la cara, este, con la cabeza ladeada y los ojos tan negros como los de un animal, bajó la vista para verse los dedos... y luego volvió a subirla, directo a la cara de Abraham, con mirada interrogativa, con esas que dicen: «¿Qué estás viendo?».

«Dios mío... ».

Sus dedos estaban desprovistos de uñas, y los pliegues de las yemas, en vez de ser acolchados, parecían duros y uniformes, con un alambrado de várices que se juntaban sobre las puntas.

«Oh, pero Dios mío... ¿cómo es posible? ¡Qué asco!».

El chico, una vez más, volvía a observar sus malogradas extremidades, y luego de vuelta a los ojos de Abraham... el interés que mostraba este hacia su mano le había provocado angustia, por lo que comenzó a gemir.

Fue en el momento en que él también se estaba asustando por darse cuenta de que la había cagado cuando una monja salió repentinamente, como una mariposa enorme escapándose de un armario del mismo cuarto, y apretó al niño por los hombros, obligándolo a dar media vuelta.

La mujer no se molestó en observar a Abraham un solo segundo, salvo antes de desaparecer tras el marco de la puerta.

Él quedó ahí de pie, por quién sabe cuánto, pensando, antes de ponerse a pasar coleteo otra vez.

Meditaba lo que había visto o —como quería él que así fuera— lo que había creído ver...

Aquella mujer, la monja, no tenía labios.

Sus malditos dientes amarillos sobresalían de su boca como si fueran una ventanilla en la carne.